

## CAPÍTULO I

### Donde después de haberse celebrado los orígenes de la modernidad empieza a cundir cierto desaliento

Nos encontramos en la incrucijada  
entre dos épocas.

ERNST JÜNGER

**T**odo empezó, hace más de doscientos años, con aquel sueño, aquella embriaguez... «¡Somos libres! ¡El hombre es libre! Él solo decide su destino», resonó de pronto de una punta a otra de Europa, y su eco llegó hasta el otro lado del Atlántico.

«El hombre es libre; y si aún no lo es, pronto lo será», decían todos.

Y los reaccionarios, los que no lo decían, los que no lo creían, se callaban como muertos (las cabezas cor-

tadas en la guillotina no suelen hablar), o se limitaban a reaccionar pasivamente (de ahí les viene el nombre), como si no se dieran cuenta de que, junto con sus cabezas, lo que se estaba arrancando era el ancestral orden de siglos; como si sólo se tratara de que amainase el temporal, de que volviera aquella bonancible tranquilidad —creían— de unos tiempos ya idos para siempre.

Nunca el mundo había conocido nada parecido.

Sí, es cierto, algunos filósofos —Descartes, Leibniz, Locke...— habían colocado los primeros cimientos; luego otros —Voltaire, Diderot, Kant...: los Ilustrados, se llamarían— habían rematado el edificio.

Nunca, sin embargo, unas ideas habían llegado a cuajar de aquella manera. Nunca una voz exigiendo libertad e igualdad había corrido como aquel reguero de pólvora.

No había quien lo parase. Parecía (siempre pasa así cuando mudan los tiempos) como si de una punta a otra del mundo todos los hombres se hubiesen dado la voz, concertado en secreto. Como si de un día para otro aquella idea —«¡Libertad! ¡Igualdad!»— les hubiese golpeado a todos en la frente.

¿Quién golpea?

¿Quién lanza las ideas? ¿Qué es lo que provoca las grandes sacudidas sísmicas que lo estremecen y transforman todo: pensamiento, sentimientos, creencias...?

¡Ah, la gran pregunta! ¿De dónde surgen las ideas? ¿Las forja cada cual en su cabeza y entre todos vamos luego y las juntamos? ¿O son las ideas las que, llegando a nuestro encuentro, nos vienen a la mente, como tan bien se dice?

¿Y por qué, una vez venidas, acaban yéndose? ¿Por qué mueren las ideas? ¿Por qué nacen otras? ¿Por qué cambian, en definitiva, los tiempos?

A nadie se le ocurrían entonces tales preguntas —y a nadie se le ocurren hoy. Pero hoy es más grave. Entonces, al menos, todo estaba como imantado de emoción, espoleado de riesgo: los de todo gran comienzo.

Aquellos hombres: los Voltaire, los Rousseau, los Hume, los Tocqueville (éste al menos comprendió en América que la cosa —la de la democracia, la llamó— es mucho más complicada de lo que parece); y los que por primera vez se pusieron a pensar la economía, los Adam Smith, los Ricardo, los Jovellanos (alguno corría también por nuestros lares); y los que se lanzaron como locos a la acción: los revolucionarios franceses cortadores de testas, y los que no cortaron ninguna, un Franklin, un Lincoln, tan pacíficos ellos hasta que se pusieron a combatir a los Confederados; y los Philippe Égalité (sin algún traidor esas cosas nunca funcionan), y los Napoleón (el tío y el sobrino), y los Garibaldi, y los nuestros, los Castelar, los Cánovas, los Sagasta; sin olvidar los grandes capitanes de industria, los Henry Ford, por ejemplo, el más emblemático de ellos: todos aquellos titanes —a su lado hoy sólo hay enanos— actuaban movidos por el más poderoso de los impulsos, por la embriaguez de estar transformando las cosas, de ir recomponiendo el mundo desde sus cimientos. Como si hubiera regresado todo al primer día de la Creación.

El primer día, los albores de un tiempo nuevo, áureo. El tiempo —seguía diciendo la voz que corría como un

reguero de pólvora— en el que los hombres se liberarán de los fantasmas que desde siempre los han perseguido.

Los fantasmas denominados *Dios, Patria, Rey, Religión, Tradición, Poder...*, los fantasmas que desde el inicio de los tiempos los tenían sometidos al más férreo orden. Peor, los fantasmas que marcando a los hombres con el sello infame de la desigualdad, los mantenían a todos encadenados entre tinieblas y opresión.

Y contra las tinieblas, luz.

Todo empezó con la luz. Luz de la Ilustración, y luz que transformada en energía se puso de pronto a iluminar casas, fábricas, garitos, hospitales...

¡Que se haga la luz! Y la luz se hizo. La de la razón y de la ciencia, la luz que ha hecho que en los dos últimos siglos se hayan descubierto más inventos que en todos los siglos de toda la historia de la humanidad; la luz que, transformada en energía, acciona máquinas, impulsa herramientas, promueve progreso, engendra riqueza, hace trabajar a los hombres, humear las locomotoras, correr los automóviles, despegar los aviones...

Despegar, correr, progresar. Cada vez más, mejor, más lejos... ¿Para ir adónde, para llegar a qué?

Lleguemos adonde lleguemos, vayamos adonde vayamos, ¿cómo no alborozarnos ante semejante sueño de luz y libertad?

¿Cómo no festejar la más alta esperanza jamás desatada entre los hombres?

¿Cómo no saludar la audaz aventura que Prometeo y Fausto emprenden juntos —ya no en el mito, sino en la realidad?

¿Cómo no admirar, en una palabra, al hombre que, intrépido, se lanza a afirmar su destino, a asentar su lugar en la Tierra?

### **Pero llega la soledad. Y la muerte**

Miremos a ese hombre. Por debajo de su apariencia altiva, mil dudas atraviesan, sin embargo, su espíritu. Mil incertidumbres se mezclan con las certezas que le aporta su razón, esa razón que le dice —los descubrimientos de las nuevas ciencias son implacables— que el hombre se encuentra irremediadamente solo en el Universo.

Ya nada guía desde lo alto sus pasos, ya nadie toma de la mano a este ser pequeño, ínfimo: ínfima mota de polvo que por primera vez tiene clara conciencia de que lo es.

Y sin embargo...

Polvo sí, «mas polvo enamorado», exclama Quevedo en uno de los mayores sonetos de nuestra lengua. Polvo sí, mas polvo amante y pensante.

La mota de polvo no sólo habla y siente: sabe que sólo ella lo hace en el Universo entero.

Está solo, se sabe pequeño, incierto... y mortal, ese hombre cuyo mundo deja de estar alumbrado por el espejismo de la eternidad.

Es y se sabe mortal ese aventurero intrépido, ese hombre que experimenta, como nunca nadie la había experimentado, la desvalida desnudez de los hombres ante la muerte.

Diversos ropajes han ido recubriendo, a lo largo de los siglos, nuestra desnudez. Diversos camuflajes..., pero ligeros, transparentes: ninguno, en últimas, ha podido encubrir la verdad.

Por eso los ropajes se han ido desgarrando. Y han acabado unos tras otros desapareciendo.

Como desaparecieron aquellos dioses lares del paganismo, encarnándose en los cuales los muertos de una familia mantenían viva su presencia —espiritual, simbólica— en el espacio privado del hogar.

También del otro espacio —el público— ha desaparecido hoy el otro suntuoso ropaje: el que el cristianismo aportó durante siglos al mundo.

Ha desaparecido de nuestro ámbito público —ha quedado reducida a las conciencias privadas— la creencia en el Más Allá que, celeste o infernal, acogía a los hombres otorgándoles eterna recompensa o sempiterno castigo.

Enfrentados cara a cara con su suerte, definitivamente desnudos ante la muerte, ¿cómo van a reaccionar ahora los hombres?

¿Se van a quedar paralizados por la angustia, petrificados por el terror?

No, sucede todo lo contrario —a primera vista, al menos.

Es la acción, es la iniciativa lo que se ha adueñado de la humanidad. En un infatigable quehacer, los hombres de los nuevos tiempos, los que en la tierra y sólo en la tierra buscan la luz, se lanzan a indagar, inventar, avanzar...

¿Cómo no emocionarnos ante tanto arrojó? ¿Cómo no celebrarlo, si no fuera...?

## **De las aventuras a las desventuras de la modernidad**

Si no fuera lo que nos rodea hoy, aquí, desde hace ya tantos años: algo que nos obliga a invertir por completo el rumbo, la orientación seguida hasta aquí por nuestras páginas.

No será la única vez. En más de una ocasión deberemos cambiar bruscamente de rumbo a lo largo de nuestro recorrido por las aventuras y desventuras de la modernidad. Unas aventuras que, dando espectaculares bandazos, nos obligarán a agarrarnos con fuerza a las páginas para evitar caernos cada vez que nos veamos obligados a saltar de una cosa a su contraria.

Como ahora, en que después de haber saludado el gesto fundador de la modernidad, nos vemos obligados a considerar el espectáculo que ofrecen, dos siglos después, los aguerridos retoños —parecía— de Prometeo y Fausto reunidos.

Ningún buitro devora, es cierto, ningún hígado. El castigo que los dioses infligieron a Prometeo es hoy más refinado: los conquistadores de la luz y la libertad se devoran, risueños, a sí mismos. Apacible, suavemente, sin convulsiones. Como suceden las cosas en el rosado reino de la posmodernidad.

Contemplémoslos.

Veamos en qué se han convertido aquellos hombres que se lanzaban, mortales y desnudos, a afrontar intrépidos su destino.

Sólo un destino afrontan hoy: el de sus vacaciones y viajes organizados.

Parece, es cierto, como si aún les guiaran las mismas metas del sueño fáustico al que se lanzaron hace dos siglos. Pero no, todo se ha transformado. Sigue resonando, es cierto, la voz que exige ¡más luz!, ¡más progreso!, ¡más riqueza!, ¡más libertad! La voz suena..., pero a hueco, como un sonsonete vacío.

Ni siquiera logran llenarlo los miles de cacharros y cachivaches, cada vez más sofisticados, con los que el hombre de esos tiempos intenta tapar el vacío que se abre a sus pies.

¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido para que aquellos hombres que, retando a los dioses, pretendían igualarlos, se hayan convertido en esclavos? En los esclavos felices de la libertad.

## **Pasó (entre otras cosas) que la fealdad triunfó**

Preguntémoslo abordando en primer lugar un fenómeno que nadie considera como la catástrofe existencial (*ontológica* es el término exacto) que es.

El asunto no despierta ni encendidas protestas ni enconadas iras. Sólo, acaso, una benevolente conmisericordia. «¡Ay, qué pena! ¡Mecachis, mecachis! ¡Qué le

vamos a hacer!...», es todo lo que se oye decir ante un fenómeno que nadie, ninguna otra época, había conocido jamás: la destrucción sistemática de la belleza.

La entronización, en su lugar, de lo feo, lo anodino, lo vulgar.

Siempre ha habido, es cierto, épocas más yermas que otras. Siempre ha habido períodos —por ejemplo, los cinco siglos que van entre la caída de Roma y la edificación de los primeros templos románicos o góticos— cuya savia vital ha fluido con fuerza más menguada.

Nunca, sin embargo, se le había ocurrido a nadie remplazar el arte por el *No-arte*. Esto es: alzar, en el lugar de lo bello, lo feo.

El *No-arte*:

Por un lado, el fenómeno general. La cosa que, promovida por galeristas, periodistas, marchantes y autodenominados «artistas», recibe, desde hace más de cincuenta años, el título de «arte contemporáneo».

Por otro lado, la cosa particular: la corriente que, con claridad expresiva digna de encomio, es definida como *No-arte* por parte de los propios *no-artistas* (quienes nunca se autodenominan así...).

Escribe Claes Oldenburg, uno de los más destacados *no-artistas*:

Una obra está hecha para ser fea, repelente, sin ninguna significación para el espíritu y los sentidos. [...]

Las obras no están hechas para ser hermosas, sino para que, al mirarlas, no se entienda lo que re-

presentan y uno tenga ganas de desgarrarlas y pasar corriendo ante ellas.<sup>6</sup>

Objetivos plenamente logrados, huelga decir: tanto por parte de quienes reconocen querer destruir el arte como por parte de quienes lo destruyen igual, pero sin reconocerlo.

Y, sin embargo, es cierto, aún quedan entre nosotros, una enorme cantidad de grandes obras de arte.

Quedan: ésta es la palabra. Quedan encerradas, mimadas (ninguna época ha cuidado tanto su pasado artístico) en museos, bibliotecas, yacimientos arqueológicos...

Quedan: ya no surgen, ya no se crean —salvo por parte de una minoría de aguerridos creadores, tan encomiables como marginales.

Es una doble destrucción lo que se produce ante nuestra indiferencia.

Se destruye, por un lado, la gran belleza artística.

Se destruye, por otro lado, la pequeña pero sustancial belleza cotidiana: la que debería envolvernos en nuestro entorno habitual, desde nuestros vestidos hasta nuestras casas.

Ocupémonos primero de ésta.

## **La vulgaridad o la fealdad de nuestro entorno**

Salgamos a la calle de cualquier ciudad, o de cualquier pueblo (total, pocas diferencias quedan ya entre ambos).

---

6. C. Oldenburg, en *Télerama*, Hors Série, marzo de 2001.

Sumiéndose en el habitual estruendo de coches, bordeando fachadas manchadas de graffiti, la multitud deambula atareada, indolente o festera.

Observémosla.

Destaca en la multitud algo que dejaría helado a quienquiera que, habiendo fallecido no hace demasiado tiempo, tuviese la mala ocurrencia de resucitar.

«¡Diablos! ¿Será posible que la gente haya cambiado tanto?», se preguntaría incrédulo nuestro resucitado. «¡No queda en ellos, ni siquiera entre los más ricos, ápice alguno de distinción!», exclamaría antes de regresar corriendo al Hades.

No hay distinción —en el doble sentido de la palabra.

Ha desaparecido, salvo por lo que al éxito mediático o mercantil se refiere, la posibilidad de distinguir a los hombres en función de sus virtudes y méritos.

Y se ha desvanecido la otra distinción, la que era sinónimo de prestancia y elegancia.

Sigamos en la calle y contemplemos a quienes por ella circulan, a los jóvenes sobre todo en noches de marcha y botellón.

Engullidos bajo la uniformidad del mismo desaliño indumentario, que diría Machado, van pasando ante el recién resucitado, quien los mira y se hace cruces, al tiempo que se pregunta si durante su ausencia no habrá estallado la revolución y se habrá realizado el viejo sueño igualitario.

«*Los rojos no usaban sombrero*», decía, terminada nuestra contienda, aquel anuncio de una sombrerería